

ETICA DEL PROFESOR UNIVERSITARIO

JOSE ALCANTARA ALMANZAR*

Durante mucho tiempo el profesor fue unánimemente considerado un paradigma, un individuo de cualidades excepcionales. El (o ella) debía tener "salud física y moral, carácter, paciencia, cultura, sociabilidad, aptitud didáctica, vocación, abnegación y consagración.¹ El maestro era, al mismo tiempo, instructor, guía, orientador, ejemplo, figura protectora, jefe. La sociedad depositaba en él viejos atributos de un arraigado paternalismo y ponía en sus manos determinados instrumentos de autoridad que le permitían ejercer con eficiencia su papel de educador.

Era, por así decirlo, una especie de sacralización del maestro, nimbado entonces por la aureola de la dedicación, el sacrificio y la entrega incondicional. Una especie de sacerdocio cuyo eficacia era posible gracias al ordenamiento de una sociedad tradicional que consagraba la autoridad conferida por el saber y el manejo de destrezas y habilidades escasas en una colectividad abrumadoramente ignara. El profesor tenía el poder que le otorgaban sus conocimientos y la autoridad moral que emanaba de su investidura.

Han desaparecido las imágenes de la maestra solterona, impecablemente vestida, con su cartera terciada al hombre y su sombrilla

* Area Hombre y Sociedad. Facultad de Ciencias y Humanidades. INTEC.

multicolor para protegerse de las inclemencias del trópico, aquella mujer virtuosa y recta que acudía a la escuela cada mañana a la misma hora, dispuesta a impartir el llamado "pan de la enseñanza" a un grupo de alumnos díscolos; la de aquel profesor pobre, pero digno, que con su saco lavado hasta el cansancio se presentaba al aula para enderezar conductas torcidas y caracteres rebeldes, y echarlos a andar por el buen camino; la del catedrático austero y distante, erudito y riguroso, que sabía inspirar al auditorio con su verbo elocuente, dejando al marcharse una estela de admiración y respeto. Todas esas figuras del pasado se han desvanecido, atomizadas no tanto por la secularización de la enseñanza, como por el acelerado proceso de cambios políticos, económicos y socioculturales que ha tenido lugar en el país en las últimas tres décadas.

La desacralización de la figura del profesor se ha producido como resultado de la modernización de la sociedad dominicana, con la consecuente pérdida de su autoridad tradicional, autoritaria y vertical, y su ascendiente incuestionable, para convertirse en un sujeto que presta servicios en el sector educativo. La democratización del país, forzada y explosiva después de la muerte de Trujillo; teñida de actos heroicos a mediados de los años sesenta; valiente y sangrienta en los setenta, años llenos de mujeres y hombres asesinados por sus ideas y sus actividades políticas; y en trance de agonía en estos ochenta de severa crisis económica y espiritual; esa democratización que tanta sangre ha costado al pueblo, repito -sobre todo la democratización del saber-, ha sido un factor decisivo para resituar la figura del profesor en todos los niveles del sistema educativo nacional.

La crisis socioeconómica, y sobre todo espiritual y moral que corroe las entrañas de la sociedad dominicana en los últimos lustros, ha agudizado profundamente la crisis del sector educativo, deteriorando la imagen del profesor, privándola del status privilegiado que ocupaba y debilitando su presencia, otrora cargada de magnetismo carismático y atributos excelsos.

El profesor -que en su inmensa mayoría pertenece a la mediana y a la baja pequeña burguesía- es hoy víctima de las precariedades, tensiones y angustias a que está sometida la población dominicana. Se ha vuelto casi imposible para el maestro ejercer su trabajo con la serenidad de espíritu y el recocijo de antaño y, lo que es peor aún, se le hace cada vez más difícil mantenerse en las filas del sector educativo. El componente vocacional que, como en la medicina, es inherente al oficio

de profesor, recibe a diario las embestidas de una situación económica implacable que conduce no sólo al empobrecimiento acelerado, sino al embrutecimiento de quienes se espera dirijan, supervisen y evalúen la instrucción formal de las futuras generaciones.

Precisamente porque vivimos un momento en extremo difícil, de graves implicaciones para el país, se hace hoy más imperioso que nunca el rescate del papel esencial que juega el profesor en la sociedad, no sólo como un transmisor de conocimientos, sino como agente de cambio, como una reserva intelectual y moral que puede contribuir a marcar nuevos rumbos en el aciago presente nacional.

Pero antes de adentrarse en esta problemática, deseo referirme a las implicaciones éticas del trabajo que realiza el profesor, especialmente el profesor universitario. Es obvio que toda profesión supone una serie de derechos y deberes, un conjunto de normas que la rigen, es decir, una ética. Como afirma Elena Lugo: "Toda teoría ética o sistema conceptual debe tener alguna función explicativa o directiva en tres áreas: teoría de la virtud, teoría de deberes, teoría del bien común".² Es decir, estas tres vertientes tratan de responder las preguntas de quién es la persona más idónea en términos morales, qué debe hacerse en una situación determinada, y cuál es la mejor forma de sociedad humana.

Ahora bien, si la ética se ocupa de estudiar las normas que rigen el comportamiento humano en lo que respecta al bien, los deberes o las responsabilidades, hay que señalar que la moral no es autónoma. Toda moral descansa en las condiciones económicas y sociales de una formación social concreta y posee un indudable carácter histórico. Al analizar la ética del profesor, no debemos entonces desvincularla de las condiciones materiales en que desarrolla su existencia, ni de las limitaciones y alcances que su status impone a su comportamiento profesional. El agravamiento de las condiciones de vida de un grupo tiene necesariamente que poner en crisis la conciencia de su propio trabajo y la conducta de los miembros que integran el grupo.

Al pasar revista a las funciones que desempeña el profesor universitario, uno se percató de que las mismas se encuentran realmente amenazadas o en franco deterioro en la actualidad. Hace más de una década, Eduardo Latorre señalaba ocho facetas del papel del profesor universitario; a saber: las de maestro, educador, creador de conocimientos, difusor general de los conocimientos y valores, asesor o consultor, intelectual, empleado y ciudadano ejemplar.³ Según esta lista

de cualidades y funciones, el profesor universitario debe enseñar bien, contribuir a la formación del ser humano, investigar y aportar nuevos conocimientos, difundir el saber, prestar su concurso para resolver los problemas de la comunidad, ser crítico y creador, cumplir con las responsabilidades propias de su actividad académica, y poseer una conducta intachable, tanto en su vida privada como pública.

Es innegable que estos atributos pertenecen a la esfera del "deber ser" más que del "ser" concreto, inmerso en una realidad que nada tiene de promisoría. Basta echar una ojeada al panorama desolador que presenta la educación dominicana, afectada por reclamos, huelgas, apatía y represión. Los atributos ya mencionados son ideales de comportamiento a que debe aspirar el profesor auténtico. Pero ya sabemos que a causa de los magros salarios que devengan los educadores, la pérdida de su autoridad tradicional, la disminución de su prestigio profesional y las dificultades para realizar un trabajo productivo y creador en el seno de la propia academia, el profesor universitario auténtico está a punto de naufragar, aunque continúa luchando contra viento y marea y para mantenerse activo, batallando con multitudes de estudiantes mal preparados e indiferentes, que en su mayoría sólo piensan en conseguir un título a como dé lugar para irse al extranjero.

Otros profesores, no menos auténticos, pero no tan perseverantes, o tal vez más prácticos y menos idealistas, se convierten en desertores para ir a engrosar las filas de la empresa privada, donde por lo menos pueden ganar salarios que les permitan sobrevivir; y si tienen mejor fortuna se independizan o devienen empresarios. Estas mutaciones no son simples consecuencias del afán de lucro o de la falta de vocación como a veces se piensa y se dice por ahí, sino de la forzada adaptación a la situación actual. Son producto de la imperiosa necesidad de mantener un nivel de vida decoroso, al que ya prácticamente no podemos aspirar los que seguimos en la academia. Nuestros sueldos son bajos; son sueldos de hambre que no cubren la alimentación y la vivienda, para sólo citar dos renglones vitales del presupuesto familiar.

No siempre los que educan se plantean teóricamente los problemas de su oficio. Sin embargo, entre nosotros hay una desbordante fecundidad en este sentido, y abundan los artículos, ensayos y libros que tratan el tema. Jorge Max Fernández, por ejemplo, hace años se propuso caracterizar lo que llamó "el profesor Intec", diciendo que éste debe ser un individuo con conciencia crítica de la realidad nacional y vocación

de servicio al país, pluralista en materia ideológica, política y religiosa, académicamente excelente, de carácter innovativo y complementario, de estilo austero y vocación de sacrificio".⁴

De acuerdo con estos criterios, el profesor más apto para una institución joven y dinámica, deseosa de apartarse del trillado sendero de las universidades tradicionales, debe pues poseer las cualidades del intelectual crítico y comprometido con las transformaciones que el país reclama, ser abierto y respetuoso de las posiciones ideológicas ajenas, competente y humano, incansable y creativo, y sobre todo capaz de hacer mucho con poco. Es, para decirlo con palabras del propio Fernández,

Un profesional de alta capacitación técnica e intelectual, con una visión crítica del medio que lo rodea y conciencia de las implicaciones personales y grupales que esto tiene. Con madurez suficiente para integrarse a una comunidad heterogénea de académicos preocupados por los problemas dominicanos. Con talento innovador y capacidad de liderazgo que le haga posible llevar su mensaje de inquietud y compromiso a los estudiantes dedicados al quehacer intelectual y la enseñanza e investigación universitarias.⁵

La enumeración deja exhausto al lector, no tanto por la extensión de las cualidades ideales del profesor universitario inteciano, como por la dificultad de hacerlas viables en las circunstancias presentes del país en general, y de la universidad dominicana en particular.

Es indudable que nos movemos entre lo deseable y lo factible, lo conveniente y lo real. Pero si aceptamos que "un código de ética en una profesión **define el criterio** que ha de usarse para evaluar la calidad ética de las ejecutorias profesionales, **indica los deberes** y responsabilidades asociados a la profesión y esclarece el bien principal o los ideales que animan a ser **profesional** en un sentido normativo",⁶ también yo, basándome en las experiencias propias y ajenas y tomando en cuenta los aportes teóricos de quienes se han dedicado a profundizar en el problema, debería establecer ahora algunas directrices para situar la ocupación del profesor universitario, en un momento en que nuestro país está pidiendo a gritos la presencia de educadores conscientes, responsables, decididos a contribuir a la transformación mental y espiritual de los dominicanos; un cambio -ya lo sé- lento, arduo, que exige una cuantiosa inversión, pero cuyos resultados beneficiarán al país, aunque a muy largo plazo.

Hablo, pues, desde mi experiencia personal de dos décadas ininterrumpidas como profesor. Comencé cuando era un joven lleno de ilusiones y esperanzas, enseñando idiomas a mozalbetes que pasaban parte de la hora de clase arrojando tiza y papeles contra el pizarrón, mientras yo me esforzaba en hacerlos aprender estructuras lingüísticas, y me encuentro ahora a mitad de camino, convertido en profesor universitario, bastante decepcionado por cierto, en posesión de una madurez que se ha forjado a golpe de vivencias y lecturas, de fracasos y de pequeños logros que intuyo cuando al reencontrarme con un antiguo alumno, éste me recuerda que alguna frase, un comentario, una provocación o algún llamado míos modificaron su vida en cierto sentido. Como profesor nunca me he concebido como un descubridor de nada, pues todo está en los libros. Dejo a otros esa intención mesiánica, a todas luces ingenua. Me veo a mí mismo como un creador de pequeñas crisis de conciencia. Pongo a mis alumnos a cuestionar, cuestionarse y cuestionarme, y luego los dejo libres, solos consigo mismos, para que sean capaces de buscar, sin ataduras de ninguna especie, sin sujeciones ni compromisos, la justicia, la verdad y el bien, que son, para mí, las tres cualidades esenciales que resumen el trabajo de un profesor integral.

Hay, a mi juicio, tres dimensiones éticas en el trabajo del profesor. La primera se refiere a las tareas inherentes a su propio trabajo académico. El profesor debe tener **vocación de enseñar**, es decir, inclinación o afición por lo que hace. No basta que sepa, y que este saber le confiera una autoridad y un poder, sino que disfrute lo que hace, a pesar de los sinsabores y de la irrisoria remuneración que percibe.

El profesor debe **tener conocimientos especiales actualizados**, o lo que es igual: puestos al día a través de lecturas e indagaciones propias. Eso que ahora llaman "reciclar", tomando el neologismo casi directamente del inglés, y que yo prefiero denominar "renovación". Si el profesor no lee ni tiene curiosidad, si no visita la biblioteca ni está al tanto de las publicaciones periódicas y las novedades propias de su especialidad, está condenado al retroceso, a la más burda rutina y al embrutecimiento inevitable.

El profesor debe **ser responsable de la parte operativa** de su trabajo. O sea, debe planificar cuidadosamente sus programas, preparar sus clases y evaluaciones, informar con regularidad a sus estudiantes de los resultados de sus exámenes y estar dispuesto a revisar dichos resultados cuando se lo soliciten, cumplir con los procesos administrativos

de entrega de notas a tiempo y, por supuesto, algo que doy por descontado: asistir regular y puntualmente al aula, sin decepcionar jamás a sus estudiantes preguntándoles descaradamente: "¿por dónde íbamos?". Todo lo contrario. Debemos siempre recordar el ejemplo legendario de Fray Luis de León, el extraordinario lírico español, quien luego de padecer cinco años de cárcel a que lo había condenado la Inquisición por herético y judaizante, regresó a su cátedra en la Universidad de Salamanca, dando inicio a su clase con estas sencillas palabras: "Como decíamos ayer...". El ejemplo tiene más connotación de bondad hacia sus detractores y enemigos, que de memoria proverbial, pero lo traigo a colación como prueba de solidez moral y elevada condición humana.

Por último, el profesor debe **tener capacidad didáctica**, o sea, la aptitud para comunicar sus conocimientos a sus estudiantes, sin imposiciones ni dogmatismos, haciendo del saber un ente dinámico y renovador.

La segunda dimensión ética del trabajo del profesor atañe a su **relación con los estudiantes**. Es ésta una parte en extremo difícil, que requiere ante todo **tolerancia y respeto hacia los demás**, independientemente de la posición de mando que el profesor ocupa en el aula. Las verdades científicas no son absolutas y el profesor debe ser el primero en estar dispuesto a someter a revisión sus propias enseñanzas y los contenidos de sus afirmaciones.

Otra de las cualidades fundamentales de esta relación profesor-estudiante reside en el **sentido de equidad y de justicia** que el profesor debe proyectar en cada uno de sus actos, tratando de dominar sus prejuicios, valoraciones emotivas y preferencias, a la hora de tratar a sus alumnos. Las arbitrariedades, tan comunes en nuestro medio, tienen siempre su origen en la inseguridad del docente, y en una incapacidad encubierta de responder adecuadamente a las necesidades del estudiantado. La inflexibilidad y el atropello no son más que una cara de la moneda cuyo reverso está manchado de corrupción y acciones dolosas: favoritismo, compra y venta de exámenes, extorsión y acoso sexual a cambio de favores con las notas, chantaje descarado y otros abusos contra la dignidad del estudiante.

El profesor debe tener la suficiente **apertura** no sólo para escuchar y aceptar la disensión, sino tener la **sensibilidad** necesaria para comprender la realidad existencial de sus estudiantes. Aquí reside esa parte humana tan cara a la actividad del educador y del maestro que está

siempre alerta, con los ojos, los oídos y el entendimiento abiertos para encauzar su conducta en el marco de lo razonable y lo justo.

La tercera dimensión del trabajo del profesor se refiere a la **proyección social de su labor**. Al educador pueden aplicársele los mismos hábitos que Mario Bunge relaciona con el investigador científico: honestidad intelectual, o culto a la verdad, independencia de juicio, coraje intelectual, amor por la libertad y sentido de la justicia.⁷ A estas cualidades que consideramos indispensables en todo profesor auténtico, se une el no menos urgente papel de **instrumento de cambio** en una sociedad dependiente, en proceso de descomposición, asfixiada por problemas de toda índole y con una grave crisis moral de consecuencias imprevisibles.⁸ El profesor no puede contentarse con ser un simple transmisor de conocimientos que cualquiera puede hallar en la biblioteca. El tiene que ser un **vector del cambio social**, un innovador dentro de su propio campo, pero al mismo tiempo debe **convertirse en un factor que impulse el desarrollo nacional** con el instrumento que domina: el saber. El profesor no puede ser un justificador de la corrupción y el caos, los privilegios, la opresión o los dogmas religiosos y políticos. El profesor debe -como dice Bunge del científico- rehusarse a lamer la bota, el látigo y el amuleto, pues "es verdaderamente monstruoso dedicar la vida a la muerte, poner el conocimiento al servicio de la ignorancia, y la cultura a los pies de quienes la pisotean, la manosean y la desfiguran".

Estoy lejos de agotar el tema. Apenas lo he rozado con unas palabras quizás demasiado ardientes, que tienen más de exhortación que de razonamiento reposado. Sé bien que estos ideales seguirán siendo quiméricos mientras la universidad misma no provea las condiciones para que se conviertan en realidades tangibles, esto es, mientras el profesor permanezca al margen sin constituir -junto con los estudiantes- una de las figuras básicas del proceso de enseñanza-aprendizaje, como tanto lo cacarea la retórica al uso.

Pero no debemos quedarnos de brazos cruzados. Tenemos que seguir enfrentándonos a la mediocridad y a los absurdos del medio, y abrirnos paso, exigiendo cuanto sea necesario para cambiar la situación del profesor y fortalecer su vapuleada dignidad, dando al mismo tiempo el máximo de nuestras capacidades para contribuir a las transformaciones que nuestro país reclama.

LITERATURA CITADA

1. José A. Silié Gatón, **Etica Profesional**, Santo Domingo, Imprenta de la UASD, 1972, p. 102.
2. **Etica Médica**, Publicación de la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez, 1984, p. 6.
3. "El papel del profesor universitario del Tercer Mundo", en **Documentos 4 Intec**, Santo Domingo, Editorial Padilla, C. por A., 1980, p. 67.
4. "El Profesor Intec", **Documentos 4 Intec**, pp. 44-50.
5. **Idem Supra**, p. 50.
6. Elena Lugo, **Etica profesional para la Ingeniería**, Mayagüez, Puerto Rico, Librería Universal, Ediciones Riqueñas, Impreso por Antillia College Press, 1985, p. 48.
7. "La Ciencia, ¿es éticamente neutral?", en **Filosofía de la Ciencia**, Prólogo, selección y notas de Reyes Antonio Pérez Rojas, Ediciones Quinto Sol, s/f., pp. 152-53.
8. Vid Eduardo Latorre, **op. cit.**, p. 70 y sig.
9. "La Ciencia, ¿es éticamente neutral?", p. 154.